

Tienes un ligero sabor en los labios
a muerte de vegetal paciencia,
una planta que crece e inunda
los surcos de tu cerebro
y la presencia tenue de un alma
que gira como un trompo lumínico
en el asombrado espacio de vivir.

Tienes que guardar un minuto de silencio
por las ramas que salen de tus ojos,
por el árbol caído que eres
y por la imperial vergüenza que te colma.

Eres un cadáver de verde respiración
que llora por la laguna cósmica del recuerdo,
por el verdor de aves sintiéndose jardín
y por el Dios que muere espinoso en la tierra.

No hay residencia digna para tus raíces,
el loco presentimiento de nunca estar de acuerdo
te aleja años luz del infierno de los otros,
estás erizo en un bosque de algas lastimeras,
eres ojo, nada y todo a la vez.

Pero, ¡carajo!, tienes la lengua suelta,
se desenvuelve como una larga alfombra
de cieno sobre cieno, cieno, cieno.

Cientos de miles de años tienes de saber
que polvo no muerde a polvo
y que aun con la boca llena de flores negras
puedes decir que la luz que hizo tu luz
es una burra sublime y amorosa,
amas en el desierto de los enamorados,
en las colinas de tu pensamiento
crece una flor de origen marítimo
y un mundo donde la vegetal sensación
te dice árbol, viento de hojas, savia de espera.

Porque a solas, en tu desconcierto musical,
lo invisible te coloca en la tierra,
sientes los acordes florales y hay naturalidad,
vegetal legumbre que *verdura* un instante,
sin terror, sin humus de humo negro.

Tienes un ligero aire de sorpresa en tus ramas,
un frescor de río subterráneo en tus raíces,
un leve talle en el tallo de tu corazón,
una incontenible madera para los puentes,
toda la corteza para los escudos
y la humedad de las lluvias cósmicas
para que el incendio del bosque no te arrase.

Árbol de caída paciencia, de voluntad a todo pájaro,
cambia como cambian los sueños
la indolente esperanza del planeta.

* Poeta y periodista

Marcos
dentro de otros marcos,
lienzos
dentro de otros lienzos,
sosegado andar
sobre imprevistos,
trayecto que va
de tu mirar
a lo que
miras.

Paisaje recortado
en la sucesión de puertas
abiertas a los tiempos,
planos sobrepuestos,
colores horadados
por un haz
uniendo las texturas de los vientos.
De frente,
sobre la blanca pared abierta
por el cuadro,
un torrente
de verdes traslúcidos
cae del cielo raso,
se posa sobre el borde,
en donde dos esferas
contienen la redondez del infinito
y los recipientes de cristal
hierven de luz.

* Escritor. Investigador del Instituto de investigaciones sociales de la UNAM

Para Julia y Fernando

mirada a un cuadro
que guarda el color
cambiante de los vientos

Guardada la tormenta
tras el vidrio,
ves al verla
tu rostro mezclado con el viento
y en el fondo de tu propia mirada
el cambiante color de los eventos.

Nubes negras vidriándote la cara
reflejos verdes encharcados
en las zanjaz de tus gestos

blancos desgarrados por los grises cambiantes de las sombras

en el centro de una furia
de azules
tasajeados por el viento.

La tormenta es el principio
de todos los principios:
es la revuelta de la noche
bañando de sombras a la luz.

Mirados en el vidrio
tu rostro y la tormenta
se encierran en el marco
repleto de infinitos.

Secuencia de horizontes
dando forma a los bordes de los tiempos,
intempestivo gris
borboteando espasmos
que regresan el mirar indiferente
al primitivo cauce
del asombro.